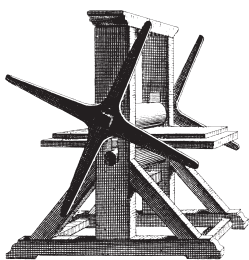


# LAS DOS GUERRAS DE ESPAÑA



SERIE MAYOR



RONALD FRASER

LAS DOS GUERRAS  
DE ESPAÑA

CRÍTICA  
BARCELONA

Primera edición: abril de 2012

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la cubierta: Jaime Fernández  
Ilustración de la cubierta: © The Bridgeman Art Library

Composición: gama, sl

© 2011, Ronald Fraser  
© 2012, de la traducción de los capítulos 1 y 3: Luis Noriega

© 2012 de la presente edición para España y América:  
CRÍTICA, S.L., Diagonal 662-664, 08034 Barcelona  
[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)  
[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)  
[www.espacioculturalyacademico.com](http://www.espacioculturalyacademico.com)

ISBN: 978-84-9892-350-6  
Depósito legal: B. 14078-2012  
2012. Impreso y encuadernado en España por Dédalo Offset

*A la memoria de todos los que lucharon y murieron  
en las dos guerras por un mundo justo e igualitario*



## PRÓLOGO

Cuando Ronald Fraser propuso a Crítica la publicación de este libro, parecía claro que se trataba de una especie de despedida de su larga dedicación a la historia de España, en un nuevo volumen donde se proponía, no sólo recuperar trabajos importantes que habían tenido hasta entonces una difusión muy limitada, sino también formular una visión de conjunto sobre la labor de investigación a la que había dedicado más de cuarenta años de su vida, desde que, tras su primer viaje a Mijas, empeñado en la inútil empresa de exorcizar su pasado, había acabado descubriendo el mundo que le rodeaba en la persona de Manuel Cortés, el alcalde socialista que había vivido treinta años escondido.

Lo que no pensábamos, en cambio, es que este libro fuese a ser su última obra, como tal vez debía sospechar el propio Fraser cuando decidió incluir en él «La forja de un historiador a pesar suyo», una especie de autobiografía intelectual en la que sintetiza la forma en que se desarrolló su labor de «devolver a la vida a los españoles olvidados del pasado». Esa autobiografía deja al margen, como era propio de su discreción, las circunstancias de su vida personal, desde su nacimiento en Hamburgo en 1930 —de padre escocés empleado en una compañía de transporte marítimo y de madre norteamericana, cuya fortuna permitió adquirir la casa de Burghfield en la que se instalaron al regresar a Gran Bretaña en 1933—, pasando por la vaciedad de una infancia con escasos alicientes familiares, por su aproximación a la izquierda o la experiencia de la *New Left Review*, hasta, finalmente, la paz de sus últimos veinticinco años en Valencia, al lado de Aurora Bosch.

Mi primer contacto serio con la obra de Fraser se produjo en 1979, al publicarse *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra*

*civil española*, que se editó simultáneamente en español y en inglés —esto explica que la edición norteamericana de Pantheon Books llevase un texto mío de elogio en la contracubierta, en que trataba de señalar el libro como el inicio de una nueva historia social de la guerra—.

Me preocupaba que la traducción literal del título que Fraser había dado a su libro, *Blood of Spain*, lo hiciera aparecer entre nosotros como un producto más del folclore de pandereta, tan habitual en aquellos tiempos, y me pasé largas horas buscando una alternativa en la poesía de la guerra civil española, hasta dar con un poema de Luis Cernuda —«1936», incluido en *Desolación de la quimera*— en que el poeta evocaba el día de 1961 en que, durante una conferencia, coincidió con un viejo combatiente estadounidense de la Brigada Lincoln:

Recuérdalo tú y recuérdalo a otros  
cuando asqueados de la bajeza humana,  
cuando iracundos de la dureza humana:  
este hombre solo, este acto solo, esta fe sola.  
Recuérdalo tú y recuérdalo a otros.

Que el editor, Gonzalo Pontón, aceptase mi propuesta —no sin temor, como me confesaría— permitió que el libro apareciera en España con un título tan largo y extraño. Sin embargo, conocedor de lo que suelen ser los egos de los personajillos del mundo académico, no dejaba de inquietarme la reacción del autor. Cuando, poco después, conocí personalmente a Ronald, descubrí que no tenía nada que ver con ese tipo de personajes, sino que se trataba de un ser humano afable, modesto y cordial. Una sensación que he conservado después, en cada ocasión en que he tenido la oportunidad de reencontrarme con él.

Lo que su libro sobre la guerra civil, significó en unos momentos en que los textos de referencia eran el de Hugh Thomas —con su método de repartir «palo a la burra negra y palo a la burra blanca»— y el mucho más equilibrado de Gabriel Jackson, resulta difícil de valorar hoy, cuando las investigaciones sobre la represión y sobre el sufrimiento colectivo han avanzado considerablemente. Por mi parte he de confesar que Fraser me abrió los ojos a una nueva manera de ver los acontecimientos de aquellos años, más allá de las actuaciones de los políticos y los dirigentes militares. Y pienso que, como él mismo nos dice, aunque las nuevas investigaciones hayan realizado importantes aportaciones al conocimiento de lo sucedido, «las experiencias vitales de los supervivientes siguen siendo un testimo-



nio histórico inalterable», lo que asegura un valor perdurable a un libro que pudo recoger experiencias vividas que de otro modo se hubieran perdido.

Hay que señalar, además, que la obra fue igualmente apreciada en el mundo anglosajón, donde, Eve Drobot, dijo, por ejemplo, que «no solo ha conseguido un asombroso hito en el terreno de la investigación, sino que ha creado una sorprendente crónica en tres dimensiones de unos seres humanos en conflicto».

Fraser, que había acabado viendo con desconfianza la historia oral, «una etiqueta engañosa, pues sugiere que se trata de una categoría historiográfica a la par con la historia “económica” o “política” en lugar de lo que realmente es: la creación de nuevas fuentes para promover la investigación histórica», se propuso entonces una tarea mucho más difícil, la de repetir el empeño de construir una «historia desde abajo», semejante a la que había realizado en el caso de la guerra civil española, pero enfrentándose a un tema mucho más complejo y distante, donde no había testimonios vivos a quienes interrogar, como era el de la llamada «guerra de la Independencia» (1808-1814).

«¿Podía acaso perseguir aún la meta de escribir “historia desde abajo”, el tema recurrente de mis libros según me parecía viéndolos en retrospectiva, y lograr ese mismo fin con fuentes documentales? Sabía que sería un reto, pero un reto que me entusiasmaba. Sin embargo, esta vez me excedí.»

La tarea, que no tenía modelos anteriores en los que inspirarse, resultaría extremadamente difícil. No existían, o por lo menos no eran fáciles de encontrar, los materiales en que esperaba basarse: «¿Dónde estaban las cartas que, según había imaginado, los soldados reclutados enviaban a sus seres queridos?... ¿Dónde estaban los diarios, o incluso los fragmentos, que había esperado desenterrar? ¿Dónde estaban las memorias populares acerca de este conflicto trascendental?».

Al cabo de «casi seis años de investigación en los archivos de Madrid, Barcelona, Simancas y Londres no estaba seguro de tener algo más que fragmentos para escribir el libro» que se proponía y llegó a desesperar «por no saber si viviría lo suficiente para ver el libro terminado». Tuvo que inventar métodos nuevos para articular la inmensa masa de datos y personajes que había reunido, con el fin de crear la estructura de una auténtica «historia social» del conflicto, que le permitiese ver desde abajo esa compleja combinación de levantamiento patriótico y guerra civil.

*La maldita guerra de España* iba a acabar resultando una auténtica

obra maestra que, apartándose de los modelos académicos al uso, demostraba la capacidad de Ronald Fraser para convertir un amplio trabajo de investigación en un panorama general de un país en una época de grandes sufrimientos colectivos y de grandes transformaciones sociales. El suyo es un libro que va a tener que consultar en el futuro cualquiera que desee profundizar en la historia de esos años. Por ello resultaba lógico que concluyese su autobiografía de «historiador a pesar suyo» afirmando que «con *La maldita guerra de España. Historia social de la guerra de la Independencia, 1808-1814*, siento que he completado un ciclo y agradecido a los muchos amigos españoles que me han apoyado a lo largo de los años de la forma que mejor sé hacerlo: devolviendo a la vida hoy a los españoles olvidados del pasado».

Este último libro que hoy se presenta, que recoge la parte de su legado intelectual que él mismo escogió para culminar su labor de historiador, es una espléndida muestra de lo mucho que la obra de Ronald Fraser nos ha aportado para ayudarnos a una mejor comprensión de la sociedad española en los tiempos de sus mayores crisis.

Josep Fontana

Parte 1  
INTRODUCCIÓN



## INTRODUCCIÓN

Fetichismos de nuestra cultura, los aniversarios históricos se acumulan uno tras otro, dando lugar a congresos, libros y conferencias que vuelven a visitar los hitos del pasado para ponerlos al día de la historiografía actual. Saltamos los siglos: desde el bicentenario del comienzo de la guerra de la Independencia en 1808, al septuagésimo quinto aniversario del comienzo de la guerra civil en 1936, se pasa sin parpadear. Varios de los ensayos y conferencias que componen este libro (cuya procedencia consta en los «Agradecimientos») corresponden a estas efemérides, que incluyen el septuagésimo aniversario del final de esta última guerra; otros, son originales.<sup>1</sup> En el corto lapso de tiempo entre los aniversarios, por ser contrapuestos de una manera insólita, las semblanzas y contrastes entre las dos guerras más emblemáticas de la historia moderna española resaltan de una manera sorprendente.

No es, ni mucho menos, que la historia se repita, sino que el pasado pesa sobre el presente, condicionándolo tanto en su formación socioeconómica como en la ideológica. Queda claro que la sociedad española que se enfrenta a la guerra civil tiene muy poco en común con la que se enfrentara a la de la independencia, ya que las condiciones sociopolíticas bajo el Antiguo Régimen eran muy distintas<sup>2</sup> a las de la recién estrenada República de la década de 1930. Sin embargo, en algunas esferas socioeconómicas e ideológicas —por ejemplo, la importancia del agro, la religión— se observaban herencias del pasado, al igual que la relación del poder en algunas zonas rurales de España entre las clases dominadas y las dominantes —ya fueran unos cuantos señores feudales o una oligarquía de terratenientes que poseían la tierra— no había variado tanto como se hubiera esperado. Lo que sí había cambiado es que, con el paso del siglo,

surgieron, gracias a los movimientos de masas, organizaciones políticas y sindicales que intentaban arrebatarles ese poder e incluso participar en la gobernación del país. La ausencia de la política de masas, y por tanto de la ideología de clase, constituye la diferencia sociopolítica más notable entre la primera y la segunda contienda.<sup>3</sup>

Sin embargo, debido a las guerras por las que la Revolución Francesa se defendía contra sus enemigos, las masas se encontraron con un papel nuevo. A diferencia de las guerras dinásticas o estatales de los ejércitos regulares del Antiguo Régimen, en las que la población, exceptuando la obligación de surtir reclutas, se quedaba al margen, la guerra revolucionaria la llamó insistentemente a defender *la patrie* y sus conquistas sociales. De repente la guerra adoptó un nuevo cariz, de lucha de un pueblo contra otro, y por tanto, de odio a la población enemiga. Era un eslabón nuevo que unía al pueblo defensor contra el agresor.

A partir de la primera guerra española en contra de la Revolución Francesa (la guerra de la Convención, 1793-1795), la Iglesia española ingenió un lema en sentido opuesto, contrarrevolucionario, para combatir aquel lema de la revolución de «fraternité, égalité et liberté». «Religión, rey y patria» unía hábilmente los tres elementos significativos para todo español: la religión, por ser los españoles «los elegidos de Dios» para la defensa de la única y verdadera fe católica; el rey, por ser pastor secular de su grey, sin cuya justicia benevolente el pueblo se sentía «huérfano»; y la patria, en la que cada español, por pobre que fuera, tenía algún interés material que defender. De hecho, el lema incitaba a la defensa del *statu quo* sociopolítico —la monarquía absoluta, los órdenes sociales establecidos, las jerarquías existentes— y fue adoptado por doquier al comienzo de la guerra de la Independencia.

La ideología de los partidos y organizaciones de la guerra civil —si no sus errores políticos— nos son, setenta y cinco años después, aún relativamente reconocibles y no tenemos que desentrañarla. A notar sólo que la política de masas facilitó tanto las formaciones de derechas (la Confederación Española de Derechas Autónomas o CEDA y la Falange) como las de izquierdas.

La guerra de la Independencia se ganó en parte por la intervención militar-financiera inglesa; la guerra civil se perdió por la política inglesa (y francesa) de no intervención, negando armas a las fuerzas gubernamentales españolas para su legítima defensa. Con ayuda militar se ganó una guerra y sin ella se perdió la otra, podría decirse —si tal conclusión no evidenciara una simpleza determinista—. Hasta la fecha, la historia

demuestra que cómo se ganan y pierden las guerras no depende exclusivamente de lo armamentístico sino, entre otros muchos factores, de una estrategia militar adecuada a las circunstancias en las que se desarrolla la contienda. Un ejército mal armado y entrenado como el gubernamental no podía permitirse las tácticas de un enemigo mejor entrenado y pertrechado —gracias a la ayuda nazi-fascista—, si quería tener alguna posibilidad de ganar la guerra. Al perseguir la táctica enemiga de grandes batallas campales, sólo se podía esperar que ganara —o por lo menos, que no perdiera— el ejército más fuerte, costando al débil la pérdida de cantidades de armamento escaso y caro, y vidas humanas que, sin victorias, desmoralizaban a la retaguardia,

¿Cómo gana el débil ante el fuerte? Actualmente, ¿quién lo sabría mejor que los palestinos, que llevan décadas enfrentados a la potencia de Israel, apoyada, si no sostenida, por el poder financiero, armamentístico y diplomático de Estados Unidos? Por medio de una metáfora llamativa, un oficial de Fatah expresó recientemente cómo enfocaba la cuestión: «Si quieres vencer a Mike Tyson no le invites a subir al ring, invítale a una partida de ajedrez».<sup>4</sup> Sin embargo, esta pregunta estratégica de cómo ganar no parece que se les ocurriera en la zona republicana, probablemente por la simple razón de que desde el comienzo de la guerra hasta otoño de 1937 y la pérdida de todo el norte, los gubernamentales parecían tener, al contrario de los sublevados, la mayor parte de las bazas materiales para la victoria: la industria, cuatro de las principales capitales y sus poblaciones, la ingente reserva de oro del Banco de España y una extensión territorial amplia.<sup>5</sup> A partir de finales de 1937, sí se empezó a pensar que la guerra podría perderse, pero no se pensó en cambiar de táctica militar. Las batallas de Teruel y del Ebro siguieron la pauta de las anteriores de Brunete y Belchite: un éxito inicial para sorprender al enemigo seguido de batallas campales en las que el Ejército Popular, tarde o temprano, tuvo que batirse en retirada. El ejército franquista no sólo era más fuerte sino que disfrutaba de una movilidad mucho mayor —gracias a la gasolina y los camiones que facilitaron a Franco la petrolera Texaco y la Ford estadounidenses, que le permitía reforzar rápidamente cualquier frente amenazado—. Mientras tanto, la única política de guerra gubernamental consistía en intentar demostrar a los ingleses y franceses que su zona seguía luchando con tesón con la esperanza de que Londres finalmente entendiera que el fascismo lo amenazaba al igual que a la República y permitiera el envío de armamento para resistir hasta enlazar la contienda con la inminente guerra europea. La esperanza no se cumplió; Londres prefería la política con-

temporizadora para aplazar cuanto pudiera el comienzo de la guerra europea antifascista.

Si se adopta el postulado —por cierto, mayoritario entre los historiadores de la contienda— de que el factor determinante de la guerra fue la intervención/no intervención, entonces habría que aceptar que nada más empezar la contienda —o como mucho dos meses después—<sup>6</sup> los gubernamentales la tenían perdida debido a la intervención de las potencias fascistas en favor de los sublevados y la decisión de las democracias de no intervenir en la guerra, denegando por tanto a la República la ayuda armamentística para defenderse como mandaba la ley internacional. Desde el comienzo, pues, si se quería evitar una guerra civil devastadora, el corolario hubiera sido pactar con los sublevados —si no rendirse a ellos—, ya que resistirlos sería un empeño vano o se parecería mucho a un arrebato pasional ingenuo del pueblo llano, al igual que el que inició la guerra de la Independencia.<sup>7</sup> Sin embargo, ni en uno ni en otro caso, el pueblo iba a someterse a un régimen militar que amenazaba sus intereses vitales; y ya que el golpe de estado de los sublevados había fracasado en derrumbar el régimen republicano a falta de no haber podido unir en su contra a todo el ejército y fuerzas de seguridad, la guerra civil se hizo inevitable.

¿Qué habría que hacer entonces en el campo gubernamental? Expuesto esquemáticamente: en primer lugar, no esperar lo inesperable de Londres y París; segundo, asumir como hecho inevitable que tuviera que combatir en condiciones de inferioridad, tanto armamentística como de organización militar; tercero, preguntarse qué podría hacerse en la zona gubernamental que no se estaba haciendo, política y militarmente, para compensar aquella inferioridad; cuarto, cuestionar la validez —dentro de una estrategia política amplia para desgastar el ejército enemigo— de la táctica militar de ofensivas frontales y batallas campales; quinto, recordar que el uso dilatorio del tiempo servía más al débil que al fuerte, y por tanto la defensa bien planteada podía desgastar tanto o más que una ofensiva en toda regla; sexto, percatarse de que la defensa de una línea fortificada —tal como la XYZ que resistió impávida al avance enemigo sobre Valencia en 1938— era más fácil para soldados mal entrenados que emprender movimientos ofensivos en campo abierto; séptimo, no olvidar la importancia de la retaguardia enemiga para desmoralizarla con incursiones rápidas e inesperadas por fuerzas capacitadas sin intención de ocupar territorio; octavo, evitar, en cuanto se pudiera, combates que le hicieran perder hombres y armas: por tanto, retiradas tan rápidas como las incursiones; noveno, recordar la importancia de la moral de la propia retaguardia ya



que la guerra puede perderse por ella; décimo, extender el hostigamiento del enemigo en el tiempo y el espacio hasta el máximo; en condiciones de inferioridad que no permitan ganar rápidamente la contienda, asegurarse por todos los medios posibles que no la gane el enemigo. El tiempo ganado puede traducirse en una guerra ganada.

Hay que reconocer que la dificultad de cambiar de táctica militar fue grande. Aun asumiendo la improbabilidad de recibir ayuda británica o francesa, y a sabiendas de que las fuerzas bajo su mando eran más bien un esbozo de ejército que una realidad, el general Vicente Rojo, jefe del estado mayor del Ejército Popular, no propuso ningún cambio táctico fundamental. Los asesores militares soviéticos, en vísperas de las purgas en 1937 de Stalin de gran parte de la oficialidad soviética, incluyendo al mariscal Mijail Tujachevski, brillante e innovador estratega militar, no facilitaron una desviación de la ortodoxia militar pura y dura de batallas campales. Y como la URSS era el único país que vendía armas a los gubernamentales, era complicado desoír a los asesores, por discretos que fueran.

Sin embargo, hubo una excepción: en una carta de diciembre de 1936 a Largo Caballero, entonces presidente del Consejo de Ministros, Stalin le insistió en que no olvidara la importancia de fomentar la guerrilla en la retaguardia enemiga, consejo, por lo tanto, que los asesores soviéticos asumieron. No obstante, mandos políticos y militares se opusieron a desarrollar esta forma de lucha por los que se habían echado al monte tras la conquista por los sublevados de Andalucía y Extremadura —lo que, por cierto, crearía problemas de abastecimiento para mantenerla en condiciones de luchar por la represión fortísima por los insurrectos y sus afines contra los izquierdistas tanto agrícolas como industriales, y también la movilidad del enemigo por vías de comunicación relativamente buenas—, y se inclinaron más bien por la constitución de otro tipo de guerrillas bajo mando militar que operaban desde bases en la zona gubernamental y que sólo atacaron la retaguardia enemiga de modo intermitente. Finalmente, en febrero de 1938 se creó el XIV.º Cuerpo de Ejército que contaba con unos tres mil guerrilleros, en su mayoría de afiliación comunista, que efectuaban exploraciones, sabotajes y golpes de mano, a la vez que recogían informaciones. Ni los mandos militares ni los líderes políticos tenían gran interés en crear un verdadero ejército guerrillero, así que el cuerpo no llegó a adquirir la importancia necesaria para llevar a cabo acciones de hostigamiento capaz de inquietar seriamente a la retaguardia adversaria.<sup>8</sup> De todas maneras, la guerrilla de por sí no podía ganar la guerra si no se la

incorporaba a una estrategia militar más amplia que incluyera otras tácticas tanto ofensivas como defensivas.<sup>9</sup>

No obstante, el mayor escollo para los cambios de táctica militar fue de orden político. ¿Cómo conciliar posturas que iban de un revolucionarismo «utópico» que vislumbraba la propiedad comunal y el autogobierno del comunismo libertario, con el comunista estalinista que proponía como revolución una república democrática parlamentaria «avanzada» con su estado central en la que la propiedad de la mediana y pequeña burguesía antifascista fuera garantizada? En momentos de gran crisis, como los de la defensa de Madrid en 1936, todos se dieron cuenta de que existía una lucha a muerte que había que ganar. Durruti murió en la defensa de Madrid como tantos militantes de a pie del Partido Comunista Español. Las opciones revolucionarias «utópicas» o «avanzadas» se fundieron en una finalidad superior, la de ganar. Pero lejos de Madrid, la prepotencia de unos y el antagonismo de otros negó el entendimiento mínimo necesario para ganar la guerra, en vez de bañar en sangre los desencuentros «revolucionarios» —como por desgracia ocurrió en más de una ocasión...

Es curioso constatar que en las condiciones aún más duras de la guerra contra Napoleón —en las que reclutas rasos casi sin entrenamiento, mal pertrechados hasta el extremo de tener a menudo que combatir descalzos, y a falta de caballería fiable— tuvieron igualmente que enfrentarse a un enemigo fortísimo en batallas campales en campo abierto y sufrir descalabros aún peores. (La batalla de Bailén se ganó casi exclusivamente gracias a fuerzas mercenarias, ya que el general Castaños no se fiaba de los reclutas apenas entrenados.) La oficialidad, en su mayoría perteneciente a la nobleza, fue igualmente incapaz de concebir una táctica militar distinta, y la única que surgió —la guerrilla—<sup>10</sup> fue más bien una táctica militar *popular*, la cual atraía a muchos «dispersos» (eufemismo de desertores) de las desbandadas masivas tras las derrotas de las batallas campales.

Aunque causara estragos tanto mortales como en la moral del enemigo y llegara a sumar más de sesenta mil efectivos en distintas partidas por los años 1811 y 1812, no más que en la guerra civil, la guerrilla no sería capaz de ganar la guerra napoleónica. Y esto por razones distintas a las de la guerra civil; bajo el Antiguo Régimen, para que una monarquía europea reconociera su derrota y capitulara, su ejército tenía que haber sufrido un descalabro, si no dos, en batallas campales; tal fue, por ejemplo, la de Jena en 1806 con la victoria aplastante de Napoleón frente al ejército prusiano y la subyugación del reino de Prusia, o la de Wagram tres años des-

pués que resultó en la capitulación de Austria; victorias militares que una guerrilla no sería capaz de conseguir.

Al poco de empezar la guerra de la Independencia, reparos similares a los de algunos líderes republicanos en 1936, de sumir al país en una guerra fratricida cuyas consecuencias serían impredecibles, se expresaron por algunas juntas recién creadas tras los levantamientos populares antinapoleónicos. A pesar del mito de la «espontaneidad» del pueblo patriótico, en el que se sigue creyendo hasta hoy, las insurrecciones fueron inducidas, incluso en algunos lugares «subvencionadas» con dinero contante y sonante, por pequeños grupos de fernandinos locales, que se quedaron luego con el poder de las juntas que ellos habían creado.<sup>11</sup> Los reparos de la Junta de Sevilla fueron especialmente esclarecedores; sólo dos días después del levantamiento sevillano, la junta lanzó una extensa proclama en la que se repetían las ya acostumbradas acusaciones de perfidia napoleónica, cuando de repente proseguía: «En España no hay revolución. Tampoco declaramos guerra a nadie, sólo pretendemos defender lo que hay más sagrado contra el que (Napoleón), con pretexto de alianza y amistad nos lo arrebató, y de quien debemos temer que sin pelear nos despoje de leyes, de Monarcas y de Religión...».

La estrategia que se ocultaba tras la lógica en cierto modo difusa de esta declaración era en realidad bastante simple. Al *no* declarar la guerra, al afirmar que *no* se había producido ninguna revolución, no proporcionaba a Napoleón motivo alguno para intervenir en los asuntos de España y evitar así una guerra. Para los que, con razón, pudieran dudar de la posibilidad de derrotar a la potencia militar francesa en el campo de batalla (que fueron probablemente la mayoría de los vocales de la junta), esta política tenía sentido. Contenía además la amenaza velada de tener que pelear si Napoleón no entraba en razón.

Tanto en una como en otra guerra, las circunstancias muy pronto no dejaron resquicio alguno para cualquier intento de evitar una contienda catastrófica que, en ambos casos, costaron decenas de miles de muertos, la destrucción de gran parte de los medios de producción, tanto industriales como agrícolas, unos efectos demográficos claramente negativos y un retraso económico-político de una década como mínimo. Sin poder cambiar nada del destino inmediato, en eso los previsores al comienzo de ambas contiendas no se equivocaron.

*Valencia, enero de 2012*